

# Rosa Azul.

Contiene.

CUENTOS PARA NIÑOS.  
CRONICILLA.  
HISTORIETAS. — PASATIEMPOS.  
POESÍAS.  
COLABORACIÓN INFANTIL.  
CORRESPONDENCIA.  
EFEMÉRIDES. — CRÍTICA.  
CUENTOS Y LEYENDAS  
REGIONALES.

J. V. N. O. S. A.

Todo niños lo  
para Centos

Véase la plana tercera de la cubierta.

# ROSA Y AZUL

(TODO PARA NIÑOS)

Número suelto: 10 céntimos.—REVISTA SEMANAL ILUSTRADA—Quince ejemplares: 1 peseta.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

PROVINCIAS.....	Semestre... 3 pesetas.	大 南 洋	EXTRANJERO
	Año..... 6 >		Año: 12 pesetas.

Los Sres. Corresponsales de Madrid ó provincias disfrutarán el 10 por 100 de beneficio por las suscripciones que nos remitan, que pueden deducir al enviarnos su importe, en letras del Giro Mutuo, carta orden de pago, ó sellos de Correos; en este caso, certificando la carta. Tanto para las suscripciones como para la venta de ejemplares, anuncios, etc., la correspondencia debe dirigirse al Sr. Administrador de ROSA Y AZUL, Jardines, 15, Madrid. Los artículos, poesías, historietas y cuanto se refiera á la parte artística, han de remitirse al Sr. Director de ROSA Y AZUL, Jardines, 15, Madrid.

## REGALO DEL MES DE MARZO

Á todos los que durante este mes se suscriban por un año les regalaremos 20 tarjetas postales, y 10 á los que lo hagan por un semestre. (Véase la plana tercera de la cubierta.)

## Á LOS ANUNCIANTES

Siendo la tirada de ROSA Y AZUL de veinte mil ejemplares, y nuestra Revista de las que se conservan para formar tomos, creemos que ha de convenir á los anunciantes, por resultar una de las maneras más prácticas de propaganda.

### PRECIOS DE ANUNCIOS

Plana preferente, entera..... 50	pesetas.	↓	En las otras planas, entera.. 40	pesetas.
— — media..... 27,50	—	✳	— — media.. 22,50	—
— — cuarto .... 15	—	↑	— — cuarto . 12,50	—
— — octavo.... 10	—		— — octavo. 7,50	—

### ANUNCIOS ESPECIALES Á UNA PESETA

La plana entera mide 14 × 19 centímetros; la media plana, 9 × 14; el cuarto de plana, 4 × 14, y el octavo, 4 × 7.

Los precios arriba indicados se entienden por una inserción. Concederemos un 25 por 100 de rebaja á las órdenes de anuncio por 12 inserciones. El pago de los anuncios se verificará cuando se hayan hecho las inserciones. Para anuncios de otra clase, precios convencionales.

## Tarjetas de ROSA Y AZUL

En vista del considerable número de cartas y costosas tarjetas que venimos recibiendo de los niños, dedicadas unas á CRITICA, CORRESPONDENCIA, COLABORACION INFANTIL, etc., y otras á PASATIEMPOS y CONCURSOS, esta Empresa ha editado unas sencillas y prácticas postales dedicadas exclusivamente á dicho objeto, las cuales pueden adquirir los niños, lo mismo en Madrid que en provincias, en todos aquellos sitios que se ofrece á la venta nuestra Revista. Precio: cinco céntimos tarjeta.

Director propietario:  
DIONISIO CALVO

Redacción y Administración:  
JARDINES, 15, PRAL.



## EL CRISTO DE GIUSEPPO

(Leyenda.)

Por los anchos y desvencijados ventanales de lo que fué mansión señorial entraban partículas de nieve impulsadas por furiosa ventisca.

Junto á la monumental chimenea, en cuya cornisa aún se veían vestigios del escudo de los Ramírez, aquella legión de nobles que tanto esplendor proporcionara al pendón de Castilla, veíanse dos seres, los únicos descendientes del gran Conde. Eran madre é hijo. La primera, de rostro demacrado, en el que

todavía se notaba la pureza de líneas, representaba unos sesenta años; el segundo, de varonil aspecto, frisaría en los veinte.

Sentados en divanes que debieron ser de terciopelo, pero que ya no tenían más que hilachas, permanecían inmóviles, contemplando con mortecinos ojos el apagado fuego.

Una lámpara de aceite alumbraba con débiles rayos las paredes desmanteladas, con los artesonados informes y las ensambladuras destruidas. Por todas partes se veían señales de abrumadora miseria. No existía otro mueble que un arcón de ébano, con incrustaciones de marfil, colocado cerca de la chimenea. Las aves nocturnas, guarecidas en los rincones del salón, lanzaban de cuando en cuando estridentes graznidos. Afuera, el viento arreciaba y la nieve caía cada vez con más ímpetu.

Como si continuase interrumpida narración, la anciana, con débil y apagada voz, dijo así al joven:

—Tu bisabuelo, el gran Nuño, fué uno de los señores más nobles de Castilla, y acaso el único que, con bastantes méritos para ello, podía permanecer cubierto delante de su soberano. En este salón, que no es ni sombra remota de lo que fué, mi abuelo cedió al Rey Sancho II la mayor parte de los dominios que constituyeron la Corona de Castilla. ¡Oh! En aquella época se echaba de comer á nuestra jauría de lebreles lo que hoy sería para nosotros espléndido festín. Y en esta chimenea, donde sólo hay frías cenizas, no se apagaba jamás el fuego. Fuimos poderosos, hijo mío; pero en tu padre se extinguió el poderío y la nobleza de nuestra raza. Por una de esas aberraciones inexplicables, se hizo parcial de D. Alfonso I el Batallador, y ninguno peleó con tanto empeño para conseguir el matrimonio de éste con doña Urraca. Al funesto enlace siguió fratricida lucha entre castellanos y aragoneses, y en la batalla sostenida por ambas partes cerca de Sepúlveda, quedó muerto tu padre, que Dios tenga en su gloria, entre numerosos combatientes. Los vencedores confiscaron mis bienes, y poco á poco fueron pasando las alhajas y muebles que me dejaron, á poder de aquellos que habían permanecido neutrales en espera de abatir sus pendones ante quienes quedaran por señores del campo. Cuando doña Urraca, separada de D. Alfonso por el Concilio Palentino, volvió á regir los destinos de los castellanos, ó no tuvo noticia de mis duelos, ó no quiso acudir á remediarlos.

Acongojada la anciana por los tristes recuerdos que iba evocando, y desfallecida por la fiebre que la consumía, daba mayor relieve aún á su narración. Su hijo la escuchaba sin parpadear, con el corazón lacerado.

—De esta manera—continuó la señora con la voz cada vez más debilitada— hemos venido á esta aflictiva situación, que sólo siento por ti; yo tengo contados mis días, y por crueles que sean no me harán perder la fe que tengo en Dios.

—¡Oh! Amada madre, no aumentéis mi desesperación hablándome de morir. No me

hagáis concebir la idea de que puede llegar un día en que al abrir los ojos no os vea á mi lado. ¿No es bastante martirio para un hijo verse atado de pies y manos, sin poder ofrecer su espada á cambio de un pedazo de pan con que alimentar á la santa mujer que le dió el ser? ¿No me ha castigado Dios bastante con que me señalen con infamante nombre, que aún me habláis de moriros, de abandonarme?... ¡Pero, madre! ¿Qué veo?... ¡Amada madre mía!... ¡Está helada!... ¡Maldición!... ¡Cómo os ensañaís con nosotros, Dios santo!...

La anciana, con la cabeza echada hacia atrás, parecía un cadáver. Su mármereo rostro, con los ojos velados y amoratados círculos alrededor, le daban un aspecto tético, que hacía más siniestro aún el mortecino resplandor de la lámpara. El joven la estrujaba las manos y la cubría el rostro de besos; la anciana no daba señales de vida.

Loco de terror salió Eufemio en busca de un médico. Siempre habíanle cerrado las puertas de sus casas los habitantes de la ciudad como si fuera cosa maldita; pero tratándose de la vida de su madre era de esperar que fuesen más humanitarios. Sin embargo, no sucedió así. Ya porque le mirasen con terror, porque tuviesen la seguridad de no cobrar la visita, ó por temor á la copiosa nevada, ningún médico se prestó á seguirle.

Desesperado volvíase al derruido caserón, dispuesto á arrojarse desde lo alto de una almena antes que soportar el dolor de ver muerta á su madre, cuando se acordó que allá lejos, muy lejos, á la salida de la ciudad había un anciano, mezcla de sabio y nigromante, de hechicero y de santo, del cual contaban maravillosas curaciones. Dirigió se el joven á su casa. El camino se hacía punto menos que imposible, porque la nieve, que en abundancia seguía cayendo, formaba una espesa capa de más de media vara de altura. No importaba. El atravesaría por medio de un camino de fuego con tal de llevar á su madre el remedio á sus dolencias.

Cuando llegó á la casa del anciano, un vivo

resplandor salía de la única ventana visible. Llamó con mano firme, y algún tiempo después la puerta fué abierta por invisible mano. Eufemio avanzó tranquilo hasta encontrarse en presencia del anciano, que, junto á una retorta, estudiaba en un libro de apergaminadas hojas.

—¿Qué deseáis que así venís á turbar la tranquilidad de esta casa?—preguntó el anciano sin levantar la cabeza del libro.

—Señor, mi madre se muere. Corred en su auxilio. Dicen que poseéis virtudes maravillosas para curar todas las enfermedades. Venid conmigo y devolvedme á mi madre, aunque para ello os haya de entregar mi vida.

—Dejadme terminar el estudio que estoy haciendo. Voy en seguida. Volved al lado de vuestra madre, que yo no tengo miedo al temporal.

—¿Pero iréis?

—Os lo prometo.



Eufemio volvió á su casa, donde su madre permanecía aún en el mismo estado. Volvió á palparla una y otra vez, sin encontrarla el pulso. Sólo al arrimar el oído junto al corazón creyó percibir un ligero latido. Entonces abrió el arcón, y sacando de él un primoroso crucifijo tallado en marfil por el inmortal Giuseppe, comenzó á rezar las oraciones que de pequeño le enseñó su madre y que te-

nía olvidadas. Al principio le costaba trabajo recordarlas; pero luego, lleno de místico fervor, las dijo todas con el alma puesta en Dios y los ojos en el Cristo de Giuseppe. Poco á poco la mortecina lámpara parecía cobrar nuevo aliento y aumentar sus resplandores.

Arrodillado estaba aún Eufemio cuando se presentó el anciano, sin que él pudiese comprender por dónde había entrado.

—¿Es esta señora la enferma?—le preguntó.

—Sí, señor; mi madre. Examinadla y decidme qué es preciso hacer, porque su corazón late todavía.

El anciano la pulsó, y luego dijo:

—¡Oh! Está extremadamente débil. Hay que alimentarla muy bien. Pronto, caldo, vino... No necesita otras drogas.

—¡Ah! Señor, ¿ignoráis que ni aun leña tenemos para encender la chimenea? Hemos vendido todo, ¡todo!...

—Todo no; ahí veo un Cristo de Giuseppe por el cual os darían cuanto pidiéseis.

—¡Qué decís, señor! ¿Este Crucifijo vale dinero?

—Una fortuna. Ofrecedlo á un mercader.

—Pues corro á hacerlo. Adiós, señor, y gracias. Podéis pedirme la vida en pago del servicio que me habéis prestado.—Y precedido por el anciano salió en busca de un mercader.

Larga fué su peregrinación á través de la ciudad. Ninguno quería levantarse. Al fin encontró uno que le dió por el Cristo la cuarta parte de su valor; y ya con las monedas en el limosnero, vació más de un año, pagó á peso de oro las mercancías que necesitaba. No había que pensar en regateos, puesto que se trataba de la vida de su madre.

Cuando llegó á su casa encendió la lumbre

y en seguida aplicó á su madre los alimentos.

Al poco tiempo la anciana comenzaba á reaccionar, y una vez fortalecida, Eufemio explicóla cuanto había ocurrido.

Asustada la anciana, exclamó:

— ¡Desgraciados de nosotros, hijo mío! ¡Vendiste la sagrada reliquia que trajo tu abuelo de Jerusalém! ¡Dios nos castigará!

—La vendí porque estaba loco y quería salvarte la vida. ¿Qué mayor reliquia hay para un hijo que la vida de su madre?

—¡Oh, Dios mío! Ya no tendré ante quien rezar mis oraciones...

Eufemio se volvió para coger del arcón la botella del vino, y apenas la había tocado cuando, dejándola caer, exclamó:

—¡Madre, madre amada! ¡Mira!... Dime si

es el Cristo de Giuseppe el que está en la pared, ó mis facultades mentales se hallan perturbadas.

La anciana miró al sitio que su hijo indicaba, y vió que, efectivamente, de la pared se destacaba la sagrada reliquia; y cayendo de rodillas, exclamó:

—¡Es el mismo, hijo mío! Sueño ó realidad, demos gracias á Dios y elevemos hasta Él nuestras oraciones.



Cuando algunos años después, y muertos ya Eufemio y su madre, fué derribada la casa, el Cristo del Giuseppe permanecía aún empotrado en la pared. E. MAESTRE.

### ¡Que viene el tigre!



I

—Panchito, ¡por Dios!, resguárdame.  
—Descuide usted, mamá Ramona.



II

—Ande usted, que un tigre á otro no se mordearán.

### EL PUENTE

—¿Es cierto, madre, que en el alto cielo tiene su trono Dios?

—Sí, hija mía; su alfombra son las nubes, las estrellas y el sol.

—¿Quién, estando tan alto, madre mía, hasta Él podrá llegar?

—Tú, amor mío, algún día, si eres pura, sus plantas besarás.

—¿Cómo el inmenso mar de los espacios cruzar, madre, podré, si no hay de un puente la insegura tabla donde posar el pie?

A los que tienen fe, seguro puente tiene marcado Dios.

—¿Y cuál es ese puente, madre mía?

—Se llama la *Oración*.

A. RODRÍGUEZ CHAVES.



Es particular lo que todos los años ocurre á la entrada de la primavera, la más hermosa de todas las estaciones del año: cuando la naturaleza sacude el letárgico sueño en que estuvo sumida durante el invierno, y los árboles comienzan á vestirse con su ropaje verde, y entonan sus armoniosos gorjeos los pajarillos, alegrando las frondas, y los niños pueblan paseos y calles, buscando el ambiente saturado de oxígeno, llenándolo todo de sus charlas alegres y francas risas; cuando al mortecino cuadro de los meses de frío, pasados dentro de las antihigiénicas habitaciones y los colegios, sucede el pintoresco de caras sonrientes y vistosos trajes, ricos en cambientes de colorido; cuando las niñas comienzan á cantar, cogidas de las manos y formando corro, el

Arroyo claró,  
fuente serená...

ó aquello de

En el Salón del Prado  
no se puede jugar...

la Iglesia nos recuerda que aún no es tiempo de entregarse á las dulces expansiones. Es preciso dedicar una semana á conmemorar la Pasión de Nuestro Señor

Jesucristo, del que por redimir al mundo de sus culpas y pecados, sufrió muerte afrentosa clavado en una cruz entre dos ladrones.

Comienza la semana con el Domingo de Ramos, y después de la bendición de las palmas, la naturaleza misma parece sumirse otra vez en el letárgico sueño del invierno. Nosotros, imitando á la naturaleza, dedicamos la semana al recogimiento y á la meditación, á la quietud y al silencio; porque en esta semana el buen católico sólo piensa en los dolores de aquella Madre que vió su hijo clavado en infamante madero, después de que sus enemigos le habían ultrajado, haciendo mofa de sus doctrinas—que han prevalecido á través de los siglos—y lacerando sus carnes con crueles tormentos.

No es este sitio apropiado para pintaros cuánto padecería la Madre de Nuestro Redentor; básteos recordar los sufrimientos de las vuestras apenas os ven con una de esas enfermedades que aquejan á la infancia.

Y así, recordando los sufrimientos de Jesucristo y de la Virgen, tendréis fuerzas para sobrellevar las amarguras de que la vida está llena; que no hay amarguras ni sufrimientos comparables á los que padeció por redimir al género humano el que veréis estos días, tendido en el suelo entre sus guardianes, mostrando la herida del costado y teñidos en sangre cabeza, pies y manos.

BEBÉ.



EN la mañana de cierto día lluvioso de Marzo, un muchacho vestido de campesino, calado de agua y lleno de fango, con un envoltorio de ropa bajo el brazo, se presentaba al portero del Hospital Mayor de Nápoles, á preguntar por su padre, con una carta en la mano. Tenía hermosa cara ovalada, de color moreno pálido, ojos apesadumbrados, y gruesos labios entreabiertos, que dejaban ver sus blanquísimos dientes. Venía de un pueblo de los alrededores de la ciudad. Su padre, que había salido de casa el año anterior, para ir en busca de trabajo á Francia, había vuelto á Italia y desembarcado hacia pocos días en Nápoles, donde enfermó tan repentinamente, que apenas si tuvo tiempo de escribir cuatro palabras á su familia para anunciarles su llegada y decirles que entraba en el hospital. Su mujer, desolada al recibir la noticia, no pudiendo moverse de casa porque tenía una niña enferma y otra de pecho, había mandado al hijo mayor, con algunos cuartos para asistir á su padre, á su *chacho*, como solía llamarle.

El muchacho había andado diez millas de camino.

El portero, ojeando la carta, llamó á un enfermero para que llevase al muchacho donde estaba su padre.

—¿Qué padre?—preguntó el enfermero.

El muchacho, temblando por temor á una triste noticia, dijo el nombre.

El enfermero no le recordaba.

—¿Un viejo trabajador que ha llegado de fuera?—preguntó.

—Trabajador, sí—respondió el muchacho, cada vez más ansioso—, pero no muy viejo. Sí; que ha venido de fuera.

—¿Cuándo entró en el hospital?

—Hace cinco días.

El enfermero se quedó pensando un momento: luego, como recordando de pronto, dijo:

—¡Ah!, la sala cuarta, la cama que está en el fondo.

—¿Está muy malo? ¿Cómo está?—preguntó ansiosamente el niño.

El enfermero le miró sin responder. Luego dijo:

—Ven conmigo.

Subieron dos tramos de escalera, dirigiéndose al fondo de ancho corredor, hasta encontrarse frente á la puerta de un salón con dos largas filas de camas.

—Ven—repitió el enfermero entrando.

El muchacho se armó de valor y le siguió, echando miradas medrosas á derecha é izquierda sobre los semblantes blancos y consumidos de los enfermos, algunos de los cuales tenían los ojos cerrados y parecían muertos; otros miraban al espacio con ojos grandes y fijos, como espantados, ó gemían como niños. El salón estaba oscuro; el aire impregnado de penetrante olor de medicamentos. Dos hermanas de la Caridad iban de uno á otro lado con frascos en la mano.

Habiendo llegado al fondo de la sala, el enfermero se detuvo á la cabecera de una cama, abrió las cortinillas, y dijo:

—Ahí tienes á tu padre.

El muchacho rompió á llorar, y dejando caer la ropa que traía bajo el brazo, abandonó la cabeza sobre el hombro del

enfermo, cogiéndole con su mano el brazo que tenía extendido, inmóvil, sobre la colcha. El enfermo no hizo movimiento alguno.

El muchacho se irguió, miró otra vez á su padre, y rompió á llorar de nuevo. El enfermo le dirigió una larga mirada, y pareció reconocerlo. Pero sus labios no se movieron. ¡Pobre *chacho*, qué cambiado estaba! El hijo no le había reconocido. Tenía blancos los cabellos, crecida la barba, la cara hinchada, de color rojo encendido, con la piel tersa y reluciente, los ojos muy chiquitos, los labios gruesos, toda la fisonomía alterada: no conservaba suyo más que la frente y el arco de las cejas. Respiraba angustiosamente.

—¡*Chacho*, *chacho* mío! — dijo el muchacho.—Soy yo, ¿no me reconoces? Soy Cecilio, tu Cecilio, que ha venido del pueblo enviado por mi madre. Mirame bien: ¿no me reconoces? Dime una palabra si quiera.

Pero el enfermo, después de mirarle atentamente, cerró los ojos.

—¡*Chacho!* ¡*Chacho!* ¿Qué tienes?

El enfermo no se movió, y continuó respirando con mucho afán.

Entonces, llorando, tomó el muchacho una silla y se sentó, esperando, sin levantar los ojos de la cara de su padre. «Pasará algún médico haciendo la visita—pensaba—y me dirá algo». Sumergido en tristes pensamientos, recordaba muchas cosas de su buen padre: el día de la partida, cuando le había dado el último adiós en el barco, las esperanzas que la familia había fundado sobre aquel viaje, la desolación de su madre al recibir la carta; pensó también en la muerte: veía á su padre muerto, á su madre vestida de negro, á la familia toda en la miseria. Así pasó mucho tiempo. Una mano ligera le tocó en el

hombro, y se estremeció: era una monja.

—¿Qué tiene mi padre?—le preguntó.

—¿Es este tu padre?—dijo dulcemente la hermana.

—Sí, es mi padre; acabo de llegar. ¿Qué tiene?

—Ánimo, muchacho — respondió la monja—; ahora vendrá el médico. Y se alejó sin decir más.

Al cabo de media hora se oyó el toque de una campanilla, y vió que por el fondo del salón entraba el médico, acompañado de un practicante; la monja y un enfermero le seguían. Comenzó la visita, deteniéndose en todas las camas. Tanta espera le parecía eterna al pobre niño, y á cada paso que daba el médico crecía su ansiedad. Llegó, finalmente, al lecho inmediato. Antes de separarse de la cama, el muchacho se puso en pie, y cuando se le acercó, rompió á llorar. El médico le miró.

—Es hijo del enfermo—dijo la hermana de la Caridad—, y ha llegado esta mañana del pueblo.

El médico apoyó una mano sobre el



hombro del muchacho, se inclinó sobre el enfermo, le tomó el pulso, le tocó la frente, é hizo alguna p

pregunta á la hermana, la cual respondió:

—Nada nuevo.

EDMUNDO DE AMICIS.

(Se continuará.)

## UNA CHIQUILLADA



—¡Anda! ¿Qué irá á hacer ese hombre?  
—Se ha escondido! Hagámosle burla ahora que no nos ve.



—Aprieta bien, Ninchi.  
—Anda con él, Juanillo.



—¡Con que burlitas!... ¿eh? Tomad burlas, gaznápiros. Y cuidado con volver.



EL FOTÓGRAFO.—Desatadme, que no lo volveré á hacer otra vez.  
Los chicos.—Ande, tírenos usted ahora de las orejas.



—Ahora verá si nos pega. Tira de esa punta.  
—Y tú de ésta.

## ENTRETENIMIENTOS CIENTÍFICOS

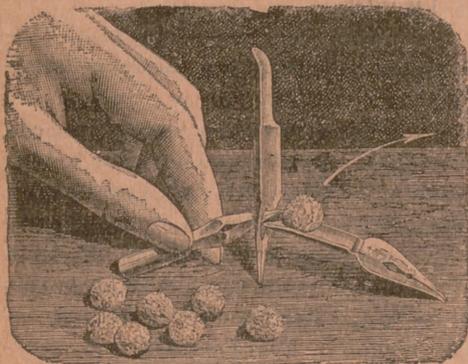
## LA CATAPULTA

EN vano buscarás, querido lector, la poderosa arma de... dar guerra que hoy te describimos, en ninguna armería, y mucho menos en un museo retrospectivo. Es invención reciente de algún colegial lo suficientemente desaplicado para no mirar los libros durante las horas de estudio, y lo bastante listo para buscar un entretenimiento que pudiera distraer sus ocios.

Para construir tan terrible arma, basta con tres plumas de acero de las que se dejan abandonadas por inútiles. Como

proyectiles se emplean bolitas de papel ó de miga de pan, hechas con los dedos y convenientemente comprimidas.

Colóquense, clavadas por los puntos, sobre una mesa, dos plumas á la distancia del largo de una de ellas. Tírese hacia atrás, cuidando de no romper los puntos de la colocada en primer término, y sosténgase en esta posición con la tercera pluma, para lo cual basta con pasar los puntos de ésta por la abertura de la que permanece verticalmente. *Cárguese* el arma, colocando en el cabo de la primera pluma un *proyectil*; afínese la puntería; para disparar bastará con retirar la pluma que nos sirve de *gatillo*. El resto se



adivina fácilmente: la pluma primera recobra bruscamente su posición primitiva, describiendo un arco de círculo, marcado en el dibujo con una flecha, y el proyectil, lanzado con gran fuerza, va al punto que se desea... ó á las narices del profesor cuando más descuidado se encuentre.

Como sucede con todas las armas, la práctica da una gran seguridad en la puntería, y el número de disparos que pueden hacerse por minuto depende de la mayor ó menor destreza del *artillero*.

Se nos olvidaba añadir que esta arma es de gran utilidad para la defensa de plazas fuertes, cuando éstas se ven asediadas por algún ejército... de soldaditos de plomo.

En el número 7.<sup>o</sup> publicaremos una página musical y una carta ilustrada.



UN IDILIO EN LA HUERTA

VALENCIA (1)

Los campos fueron cayendo en la sombra de la noche; cerráronse las barracas y toda la vega quedó dormida.

*Visantet*, robándole horas al sueño y al descanso, encaminóse hacia una de las alquerías próximas á la ciudad. Allí le esperaban; una muchacha asomóse á una de las rejas y contestó cariñosamente á su saludo.

— ¡Bona nit, *Visantet*!

Después siguió un tierno dúo en medio del silencio de la noche, de la inmensa quietud de la huerta, tan sólo interrumpido por el barboteo de las acequias y el murmullo de los cañaverales.

Eran famosísimos aquellos amores entre *Visantet*, el hijo de uno de los molineros más ricos, y *Pepeta*, una labradora hermosa como ninguna, gallarda como pocas y hacendosa como nadie. Formaban una verdadera pareja. Habían comenzado á quererse de niños, y su cariño fué siempre en aumento con el beneplácito de ambas familias, que veían en estos amores la realización de una esperanza. Toda la huerta paracía participar de la dicha de aquellos enamorados: eran sus novios y su amor su idilio.

Quando más embebidos estaban en su

(1) En el próximo número *Pilarica*. — Zaragoza.

## HAZAÑA PERRUNA



- I.—Un perrillo juguétón,  
mientras descome el muchacho,  
coge en la boca un hilacho  
que cuelga de su jubón.
- II.—Como el jubón es de estambre,  
y el perrillo va tirando,  
él mismo se va enredando  
sin satisfacer el hambre.

charla, oyóse un confuso rumor, y una llamarada roja iluminó los campos.

De las barracas comenzaron á salir voces de auxilio.

—¡Fuego! ¡Fuego!—gritaban.

*Visantet* creyó oír algo más. Un doloroso presentimiento le clavó en el sitio, helándole la sangre. Un momento después ya no pudo dudar.

—¡Corre, *Visantet!*—le gritó un viejecillo que abanzaba á campo traviesa—.

¡Es en tu casa! ¡El molino está ardiendo!

De todas partes habían acudido á sofocar el incendio, cada vez más imponente, más terrible. Las llamas, después de destruir el granero y los establos, se habían corrido á la casa cuya parte alta aparecía coronada de fuego. Realizábanse actos de valor, esfuerzos inauditos; pero todo en vano. El incendio aumentaba y no había fuerzas humanas que lo atajasen. En la plazoleta del molino veíanse amontonados los muebles y algunos enseres; lo poco que había podido salvarse. Cerca de allí lloraba desesperadamente la madre de *Visantet*.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!—exclamaban los testigos de aquella devastación.

El tejado comenzaba á desplomarse con formidable estrépito. Las llamas habían apoderado de los pisos bajos, de los que salían espesas columnas de humo. De pronto se oyó un grito terrible. El molinero había intentado entrar una vez más en la casa, y dos brazos vigorosos le habían detenido. Era *Visantet*, que, separando á su padre, exclamó:

—¡No; eso me toca á mí! ¡Yo salvaré lo que queda!

Y sin esperar á que amenguase el peligro, se había internado, entre nubes de chispas, en aquella humareda asfixiante. Nadie le vió más. Siguiéron unos momentos de angustia. Oyóse un espantoso crujido, é inmediatamente el molino se derrumbó como una masa de fuego. Las llamas levantáronse á inmensa altura iluminándolo todo. A su siniestro resplandor vióse á dos mujeres que gritaban como locas:

—¡*Visantet!* ¡*Visantet!*

Amaneció. Los campos se llenaron de sol, iluminando con su deslumbradora sinfonía de colores la hermosa huerta valen-

ciana. En medio de los campos de alegre verdor y entre los jardines rebosantes de flores, destacábase, como una nota fúnebre, los ennegrecidos muros del molino que aún quedaban en pie. Más allá veíase una alquería cerrada, de la que salían agudos gritos y angustiosos lamentos:

—¡El meu Visantet! ¡El meu Visantet!

Allí se habían refugiado los molineros, llevando en brazos el inanimado cuerpo de su hijo. Lo habían salvado de entre las llamas y le creían muerto. ¡Arruinados, sin hijo, sin pan, sin hogar... ¡Y todo esto á la vejez! ¡Cuánta desgracia!

Las mudas paredes de la alquería parecían llorar la desventura de los dos ancianos. Pero todo cambió al presentarse el médico: *Visantet* vivía y no tardaría en estar bueno y sano. Aquello no era nada. Exclamaciones de júbilo sucedieron á las tranquilizadoras palabras del doctor, y toda la casa, tan triste antes, sonrió de gozo. Aquella alquería era la de *Pepeta*.

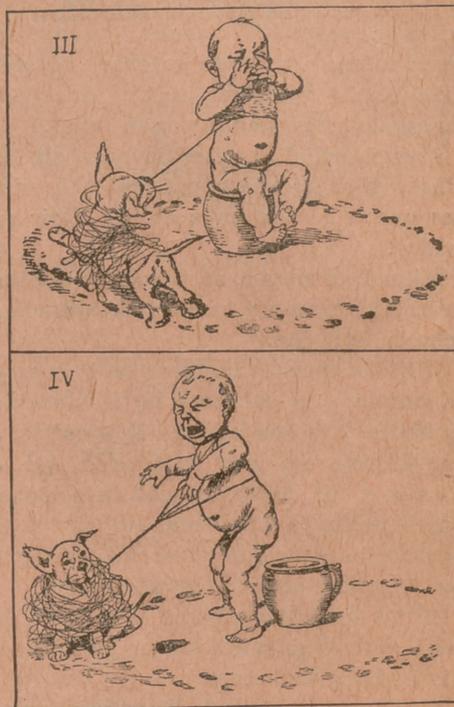


Toda la huerta había seguido con entusiasmo la lucha, y asistía ahora, regocijada, á la victoria. *Visantet* había trabajado como un león para reconstruir su casa, y al fin lo había conseguido. Sobre aquel solar de hierbas chamuscadas y vigas ennegrecidas, levántase hoy el molino alegre, deslumbrante, nuevo. Lo habita una pareja dichosa: *Visantet* y *Pepeta*, que se han casado. La felicidad rodéales por todas partes. Sus padres bendicen aquella unión que tan venturosos les hace, compensándoles de las desgracias pasadas.

*Visantet* ve aumentar su hacienda, y cada día quiere más á su mujer.

Y toda la huerta contémplos felices, gozando con la ventura de estos amores que siguen siendo su idilio. X. X.

## HAZAÑA PERRUNA



III.—Furioso tira el perrillo; el jubón va decreciendo; y el chico sigue comiendo un trozo de panecillo.

IV.—Pero de pronto se entera de que el can le ha desnudado, y ante la hazaña asustado arma la gran barraquera.

## Colaboración infantil. ❀ ❀

### DIOS PREMIA Á LOS BUENOS

EN un pueblecito compuesto de blancas y pequeñas casitas, vivían el *tío Sancho* y sus dos hijos *Alfredo* y *Miguel*, de nueve y doce años, respectivamente.

Estos dos niños habían tenido la desgracia de perder en edad temprana á su

madre, y este suceso trajo las consecuencias que es de suponer: fué tan grande el pesar que tuvo el *tío Sancho*, que cayó en cama enfermo, y desde entonces no volvió á levantar cabeza, según decía él á los que le preguntaban por su salud.

Apenas salía el sol se levantaban los niños, y cada uno hacía las obligaciones que se habían impuesto al morir su madre.

Miguel, el mayor, se marchaba con sus cabras al campo y no volvía hasta las ocho de la noche.

Alfredo hacía la limpieza de la casa y se sentaba á la cabecera de la cama de su padre, y le leía cuentos de batallas, á que el viejo era muy aficionado. Así se pasaba el día, hasta las ocho de la noche, que se asomaba á la ventana y miraba en la oscuridad como si quisiera adivinar lo que le habría ocurrido á su hermano.

Al fin sus oídos sienten el tintineo de las cabras y el canto triste, pero armonioso, de su hermano.

Vedle con su morral al hombro, canturreando una canción pastoril. Su hermanito sale á su encuentro, se arroja en sus brazos, y un seco y prolongado beso se deja oír en el silencio de la noche.

Esta escena se repite durante varios años; hasta que el pobre *tío Sancho*, harto de penas y de sinsabores, exhala el último suspiro, no sin decir antes á sus amados hijos que, arrodillados al pie de la cama, le besan con frenesí las viejas y encallecidas manos:

—Hijos míos: sed buenos con todo el mundo, pobres ó ricos, pues nunca os pesará de hacerlo así; amad á Dios y tened en cuenta que os vigila siempre, junto con vuestra madre, para juzgar vuestras acciones. ¿Me lo prometéis?

—Sí, padre mío, sí—exclamaron á un tiempo los dos hermanos.

El padre les dió su bendición y expiró.

Los pobres huérfanos sintieron esta pérdida lo que no es decible; pero pensaron que tenían que sufrir las vicisitudes de la vida.

Lo que más les apenaba era que habrían de separarse para ganar el sustento; pero Dios, que no deja de velar sobre los buenos, quiso que necesitaran dos mozos en casa de un labrador rico que tenía dos hijas: Luisa, de doce años, y Laura, de catorce.

Entraron de criados los dos huérfanos, y al poco tiempo de sus servicios multiplicaron las riquezas de sus amos.

El labrador, de acuerdo con su esposa, decidió, como premio á los servicios de los huérfanos, darles la mano de sus hijas, las cuales consintieron gustosas á la pretensión de sus padres.

Se celebraron las bodas con gran regocijo, y héteme á los huérfanos dueños de heredades y fincas, siendo felices.

Mis lectores comprenderán que Dios guió por buen camino á estos dos pobres niños porque fueron obedientes á su padre (ya que por desgracia no lo pudieron ser con su madre), y de este modo se hicieron acreedores á tan justa recompensa.

«Hijos míos: sed buenos con todo el mundo, pobres ó ricos, pues nunca os pesará de hacerlo así; amad á Dios y tened en cuenta que os vigila constantemente para juzgar si vuestras acciones son buenas ó malas.»

Estas son las palabras que el pobre moribundo dijo á sus hijos, y éstos las llevaron grabadas en su corazón y alcanzaron así el puesto que disfrutaron.

Llevadlas también vosotros, sed obedientes y tendréis la recompensa...

EDUARDO PINAR.



## AL SUPREMO HACEDOR

Tú solo, Dios, con tu amor  
creastes el universo,  
el cielo fúlgido y terso  
y el aroma de la flor.  
Al día luz y esplendor  
tu mano pródiga dió,  
y todo te pareció  
poco para embellecer  
obra que sólo el poder  
de tu voluntad creó.

Gran Dios, Tú tienes la fuente  
inagotable del bien;  
tienes purísimo Edén  
que acrisola nuestra suerte;  
tu aliento es fértil ambiente  
que nos da vida y calor,  
y con fuego de tu amor  
le das fuerza al peregrino  
cuando en angosto camino  
siente el frío del dolor...

Te veo en el mar bravío,  
te escucho en el huracán,  
cuando entre sus pliegues van  
ecos de dolor sombrío;  
en la gruta, en el rocío,  
veo actuar tu poder;  
y al quererte comprender  
cruzándote en lo finito,  
me separa lo infinito  
sin poderte conocer.

Remitida por A. AGULLÓ SOLER.

## UN NIÑO AL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

Tú, mi embeleso, Corazón sagrado,  
Tú mitigas benigno la amargura  
con que al hombre el pesar cruel tortura:  
la vida de la gracia Tú me has dado;  
por hijo tuyo en fin me has adoptado.  
Tú, días de solaz y de ventura  
das á mi corazón; sin par dulzura  
eres el paladar, sacramentado.

¿Y es posible que pueda yo, amor mío,  
resistir al impulso vehemente  
de tu amor permaneciendo frío  
al contacto de fuego tan ardiente?  
No permitáis, Señor, tal desvarío;  
tomad mi vida, corazón y mente.

PEDRO MARTÍNEZ, Escolapio.



A petición de numerosos niños abrimos un nuevo concurso, el tercero, que consiste en averiguar qué palabra hemos cambiado en el refrán

**El perro del herrero duerme á las martilladas y despierta á ... ..**

Bases para tomar parte en el concurso:

1.<sup>a</sup> Las soluciones han de venir precisamente en una tarjeta postal de las que para este objeto hemos editado.

2.<sup>a</sup> Cada concursante puede enviar todas las soluciones que desee siempre que no pasen de diez.

3.<sup>a</sup> A medida que se vayan recibiendo las soluciones, las que resulten exactas serán numeradas por el orden en que se hayan recibido, y si el número fuese mayor que el de los premios, se procederá á un sorteo en la forma acostumbrada.

El concurso queda abierto hoy y termina el 27 de Abril á las ocho de la noche.

Lista de premios:

Premio 1.<sup>o</sup>, un precioso juguete; premio 2.<sup>o</sup> al 12, preciosos libros de educación con ilustraciones en color y bonitas pastas; premios 13 al 25, bonitos tomos de cuentos, lujosamente encuadernados, con el escudo de España estampado en oro.

El segundo, para el cual se puede enviar soluciones hasta el día 31, consiste en descifrar la siguiente fuga de vocales:

S.n .l .m.r q. . .nc.nt.  
l .s.l.d.d .d .n .rm.t.ñ .sp.nt.;  
pr. .s m.s .sp.nt.s .t.d.v..  
l .s.l.d.d .d .d.s .n .c.m.p.ñ.

Véanse las bases y lista de premios en el número 3.<sup>o</sup>.

Ha quedado cerrado el primer concurso. El resultado le publicaremos en el núm. 7.<sup>o</sup>

ADVERTENCIA. Quedarán fuera de concurso las soluciones que, con arreglo á lo establecido en la base 1.<sup>o</sup>, no vengan en las tarjetas postales dedicadas á este fin.



CORRÍA á la sazón el año de gracia 1334. Cristianos y moros venían peleando desde algún tiempo, y aquéllos tenían á éstos sitiados en la plaza de Algeciras. En los primeros días de Marzo los moros recibieron cinco barcas con algunos alimentos; pero en cantidad insuficiente para subvenir á las necesidades que padecían. Volviéronse los que las barcas flotaban y llevaron á Africa la noticia de que los cercados no podían sostenerse por más tiempo, y ó les era preciso rendirse á los cristianos, ó perecer todos en el cerco. No pudieron traerles más socorros, y el día 26 acordaron capitular; estableciendo al efecto pactos honrosos, entre ellos: que el Rey de Granada sería feudo del de Castilla, y que pagaría las parias que se acostumbraban antes de la guerra; que todos los sitiados quedarían libres y dueños de marcharse con sus tesoros adonde más les agradara, y que los reyes moros que entrasen en aquellas capitulaciones firmarían una tregua por espacio de diez años. Una vez firmados los convenios, muchos de los árabes se marcharon al Africa, y el Rey D. Alonso XI entró en Algeciras el día 27, y el 28 se bendijo la Iglesia Mayor, á la que intitularon Santa María de la Palma, por ser aquel día Domingo de Ramos. Los campos conquistados, de una feracidad extraordinaria, se distribuyeron entre los soldados cristianos, quienes tomaron posesión de ellos en medio de solemnes festejos. M.

### El número 6.º contendrá:

VALLE DE LÁGRIMAS, por Rafael Leyda.—EL JILGUERO, por E. Maestre.—EL ENFERMERO DEL CHACHO (conclusión), por Edmundo de Amicis.—PILARICA (Zaragoza).—CIENCIAS RECREATIVAS.—JUEGOS.—EFEMÉRIDES.—CUARTO CONCURSO.—CRÍTICA.—HISTORIETAS. COLABORACIÓN INFANTIL.—CORRESPONDENCIA.—PASATIEMPOS, etc., etc.

Precio: 15 céntimos.



### LA GARZA GRIFA

EL que dirige el juego manda á los que han de tomar parte en él que formen un corro lo más ancho posible; luego se estira la americana, tose tres veces seguidas, se atusa el pelo y dice:

—Pues señor..... «Estaba la garza grifa...»

Todos los del corro lo repiten rápidamente, y al llegar el turno al director dice:

—«Con sus cinco hijos garzos grifos...»

Y en seguida repiten todos.

La tercera vuelta:

—«Y vino el garzo grifo á engarzogrifar á la garza grifa...»

En la cuarta:

—«Y le dijo á la garza grifa...»

En la quinta:

—«Déjame, garzo grifo...»

En la sexta:

—«Que harto engarzogrifada estoy con mis cinco hijos garzos grifos.»

Si por casualidad no se hubiese equivocado ningún jugador, lo cual es muy difícil, el que dirige, sin dar descanso á los jugadores, agrega:

—«El que no dijere: borriquín, frontín, crespín, crespa la cola, crespa la crin, pagará tres borriquines, frontines, crespines, crespas las colas, crespas las crines.»

Y es probado que en esto último cae alguno.

En otro número insertaremos la BARAJA DE SENTENCIAS, á fin de que tengáis buen repertorio de éstas para castigar á los torpes.

\*\*\*



Rosita López.—Ferrol.—No dejen de publicar cuentos; me gustan mucho. Esos sí que son cuentos para niños.

Juanita Gómez Arias.—León.—Publiquen ustedes páginas musicales.

Ramón Lluch.—San Felú de Guixols.—¡Lástima que no sea bisemanal!

A. Garrigós.—Valencia.—Las sevillanas muy lindas. Mi discípulo Tomás Bernat las toca muy bien. Publiquen más páginas musicales.

Concha y Angela.—Damos la enhorabuena al Director de ROSA Y AZUL por haber publicado una Revista tan hermosa. Deseamos una novelita en folletines.

J. Ayuso.—Madrid.—Cada día me gusta más ROSA Y AZUL, y su lectura me entusiasma. Vería con gran satisfacción que se publicara dos veces por semana.

Esther y Pepita Carballido.—Gandesa.—Hemos recibido la Revista con verdadero placer. Le vamos á pedir:

1.º Que cuando publiquen música sea con letra; 2.º, que publique monólogos y comedias; y 3.º, que dedique alguna hoja á modelos para aprender dibujo.

S. Marchena.—Villanueva de la Sagra.—Preciosas las sevillanas. Las ha ejecutado á la perfección la niña Concepción Santos Fernández.

J. Arancini.—Madrid.—Me gusta mucho ROSA Y AZUL por su amena é instructiva lectura.

I. Ligurit.—Calahorra.—Me gusta mucho ROSA Y AZUL porque cuesta poquito y es muy bonito.

M. Gutiérrez.—Idem.—Muchísimo me gusta ROSA Y AZUL y las sevillanas por E. de Coscollar.

P. Martínez.—Murcia.—He leído el número 1.º, y he aquí mi opinión: dado el desagrado que tengo de ver todo infestado de revistas obscenas, he recibido con sumo placer la suya.

J. García.—Valencia.—No gratificamos las soluciones de pasatiempos, amiguito.

F. Roga.—Idem.—Idem.

R. Sugrañés.—Logroño.—Para eso hemos publicado las tarjetas postales.

R. Chulia.—Valencia.—Se publicará.

A. Gozávez.—Idem.—Lea usted lo que digo á su paisano.

G. Farrón.—Barcelona.—Tiene usted mucha intención; trabaje y hará algo publicable.

M. Nogueira.—Alicante.—Se publicará.

L. Bustos.—Madrid.—Su cuentecito no está mal; pero el asunto no encaja en la Revista. Envíe otra cosa.

E. Montoro.—Béjar.—Se publicarán.

«Polvorilla».—Madrid.—Publicaré algo. Procure adaptar los trabajos á la Revista.

P. González.—Idem.—Idem.

A. García.—Valladolid.—Idem id.

A. L. B.—Los dibujos que me envía revelan condiciones para hacer cosas de mayor valor. Siga usted trabajando. ¡Ah!, y envíelos en tamaño bastante mayor y con tinta.

M. Mateo.—Madrid.—Aunque sean tristes las verdades, es preciso medir los versos.

L. Ordoño.—Idem.—Irán los pasatiempos. Su carta con monos entra en turno.

M. Albarrán.—Palencia.—Se publicarán.

Pedro Dueñas.—Zamora.—Nuestro deseo es publicar todo aquello que esté bien escrito; pero con la firma de sus autores, y usted, por distracción tal vez, ha puesto su firma al pie de un epigrama escrito por un tal Martínez Villergas.

Quintiliano.—Segovia.—Sí, señor; muy bien. Envíe usted la firma.

R. Fernández.—Idem.—Lo corregiré y se publicará.

F. Morales.—Granada.—Se publicará. De lo otro soy ajeno por completo.

E. Sevilla.—Valencia.—Se publicará.

NOTA.—Quedan muchas cartas por contestar, que irán saliendo, Dios mediante.



# Á NUESTROS LECTORES

En nuestro deseo de mejorar más cada día las condiciones de la Revista, y no siendo posible á esta Empresa sostener el precio á que *Rosa y Azul* se ha venido vendiendo, desde 1.º de Abril, ó sea desde el número 6, el precio será de **quince céntimos**. No obstante, fieles siempre á los compromisos que con el público hemos contraído, los precios de suscripción continuarán lo mismo. Y haremos más: estimulando la confianza que los suscriptores depositan en nosotros, regalaremos 20 tarjetas postales para entenderse con la Dirección en cuanto afecta á soluciones, concursos, crítica, pasatiempos, etc., á los que se suscriban por un año, y 10 tarjetas á los que lo hagan por un semestre. De este modo cada ejemplar costará á los suscriptores **nueve céntimos**, y **quince** al comprador.

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un año y 20 tarjetas postales.....	6 pesetas.
Seis meses y 10 ídem id.....	3 —

## BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. ....  
residente en ..... provincia de .....  
calle ..... número ..... cuarto .....  
se suscribe á *Rosa y Azul* por ..... meses, y envía su im-  
porte en (1) .....

de ..... de 1904.

El suscriptor,

(1) En libranza, sellos que no excedan de una peseta, sobre monedero ó en la forma que más le convenga.

LIBRERÍA ESCOLAR

DE

ANTONIO PÉREZ

Calle de la Bolsa, 9.—MADRID

Gran surtido de libros y objetos  
de enseñanza de todos los autores.

Plumas, lapiceros, pizarras,  
carteras, portabilros, cabás, cuadernos  
rayados, etc., etc.

Artículos de escritorio, estuches de papel  
y sobres.

Orlas, cartas y libros para regalo.

Bolsa, 9.—MADRID



NIÑOS  
SASTRERIA  
EL INFANTE

Preclados, 26.

Preciosos trajes de 5 á 40 pts.

Gabanes novedad de 15 á 50.

Rusos, gran abrigo, de 18 á 25.

Cuellos novedad, chalinas  
gorras y colección grandiosa  
en géneros para la medida.

PRECIO FIJO

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

**MADRES** Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

**ESTÓMAGO** Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal* F. Moreno. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

PAPILLA PARA LA BABA, EN LÍQUIDO



Las madres la conocen por sus efectos, y sus hijos la toman con avidez. Frasco, 0,50 y 1 peseta. Para provincias tenemos la Papilla en polvo, caja con 10 papeles, que vale 2 pesetas. Para su uso y demás instrucciones léase el prospecto.

Desconfíen de las imitaciones, porque la verdadera Papilla, única y exclusivamente se despacha en esta casa.

Oficina de farmacia de D. Luis Fornés Grimalt  
San Bernardo, 70, Madrid (frente al Noviciado)

¿QUERÉIS COMPRAR JUGUETES

BONITOS Y BARATOS?

Visitad la Casa

VIUDA DE JORGE SÁENZ

IMPERIAL, 3.—Madrid.

GRAN FOTOGRAFIA BOLIVAR

1, SAN BERNARDO, 1

Es la casa que en Madrid se dedica *especialmente* á hacer retratos de niños.